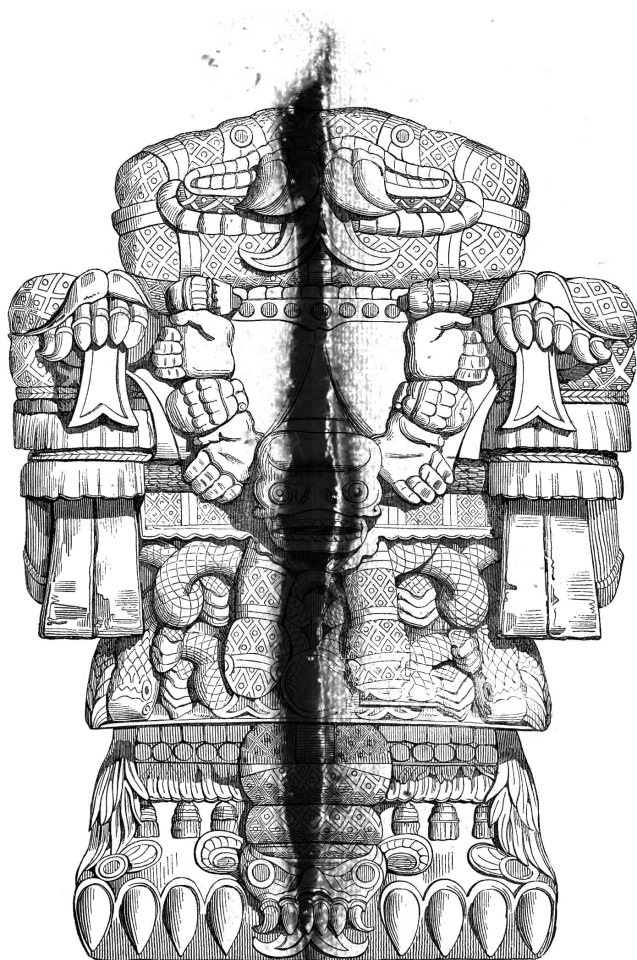


Sofía Guadarrama Collado

LA CONQUISTA DE MÉXICO TENOCHTITLAN

· VERSIÓN DE LOS MEXICAS ·



Ya es tiempo de hacer justicia: La creencia que los
mexicas tomaron a los españoles por dioses y que Cortés
fue confundido con el dios Quetzalcóatl carece
de fundamento.

CHRISTIAN DUVERGER

Los historiadores nacionalistas y patrioterros, tanto de
España como de México, han menospreciado
sistemáticamente su figura y despreciado su memoria.
La objetividad histórica le debe una disculpa
a Moctezuma Xocoyotzin.

JAIME MONTELL

La castellanización del náhuatl

En el náhuatl prehispánico no existían los sonidos correspondientes a las letras *b, d, f, j, ñ, r, v, ll* y *x*.

Los sonidos que más han generado confusión son los de la *ll* y el de la *x*. La *ll* en vocablos como *calpulli*, *Tollan*, *calli* no se pronunciaba como suena en la palabra *llanto*, sino como en *lento*. Así cuando encontramos una palabra como *calli* la pronunciación de la misma debe ser alargando el sonido: *cal-li*, *Tól-lan*, *calpul-li*.

La *x* en todo momento se pronunciaba *sh*, como *shampoo*, en inglés.

Escritura	Pronunciación original	Pronunciación actual
México	<i>Meshíco</i>	Méjico
Xocoyotzin	<i>Shocoyotzin</i>	Jocoyotzin

Los españoles le dieron escritura al náhuatl en castellano antiguo, pero al carecer del sonido *sh* utilizaron en su escritura una *x* a forma de comodín.

A pesar de que en 1492 Antonio de Nebrija ya había publicado la *Gramática castellana*, el primer canon gramatical en

lengua española, ésta no tuvo mucha difusión en su época y la gente escribía como consideraba acertado.

La ortografía difería en el empleo de algunas letras: *f* en lugar de *h*, tal es el caso de *fecho* en lugar de *hecho*; *v* en vez de *u* (avnque); *n* en sustitución de *m* (tanbién); *g* en lugar de *j* (mugeres); *b* en vez de *u* (çibdad); *ll* en sustitución de *l* (mill); *y* en lugar de *i* (yglesia); *q* en vez de *c* (qual); *x* en sustitución de *j* (traxo, abaxo, caxa); y *x* en lugar de *s* (máxcara).

Es por lo anterior —y para darle a la lectura de esta obra una sonoridad semejante a la original— que el lector encontrará palabras en náhuatl escritas con *sh* y una sola *l*, como en *Meshico* y *Tólan*, que hoy día se representan con *x* y *ll*.

Asimismo, se han eliminado —y en algunos casos, cambiado— las tildes en algunas palabras ya castellanizadas; así aparece *Meshico Tenochtítlan* por *México Tenochtitlán*. En otras palabras, como *Tonátiuh*, cuya sílaba tónica recae en la *u* en español, se agregaron tildes para recalcar la pronunciación en náhuatl: *Tonátiuh*.

Una regla básica en el náhuatl es que todas las palabras son graves, esto es, la sílaba tónica siempre es la penúltima. Por lo tanto, en este texto, se mantiene la tilde en *Ishtlilshóchitl*, *Cuauhtémoc*, *Coatépétl*, *Popocatépétl*, entre otras palabras.

Cabe aclarar que el sonido que corresponde a *tl* al final de las palabras en algunas variantes dialectales del náhuatl es *kh* (sin sonidos vocales *ka* o *ke*). Por lo tanto, *náhuatl* se pronuncia *ná-huakh*. Otros ejemplos son *Ish-tlil-shó-chikh*, *Coa-té-pek**h*, *Po-po-ca-té-pek**h*.

Para los nahuas, el oriente (tlahuiztlanpa) estaba hacia arriba, el poniente (cihuatlampa) hacia abajo, el norte (mictlanpa) a la izquierda y el sur (huitztlanpa) a la derecha. De hecho, la piedra del sol, erróneamente conocida como Calendario azteca, señala el oriente hacia arriba.



TLATOQUE

▲◆ Otompan

▲◆ Cílan

▲◆ Teohuacán

Hueshotla

Teshcuco

Acolman

▲◆ Tepeshpan

Shaltócan

Chiconauhtla

Lago de
Teshcuco

Lago de
Shaltócan

Ehecatepec ◆▲

Ishuatepec ◆▲

Aztacalco ◆▲

Tepeyacac ◆▲

Lago de
Tzompanco

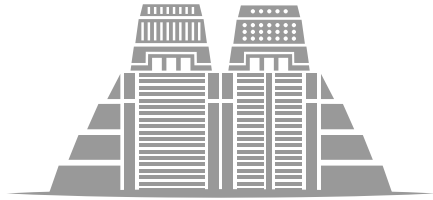
▲◆ Toltítlan

▲◆ Cuauhtítlan

Tenayocan

▲◆ Tólan





TLATOQUE

Entre la espada y la cruz

20 de marzo de 1520

Cerca del alba, abres los ojos, *Motecuzoma Shocoyótzin*¹ y te dispones a cumplir con tus obligaciones, como han sido todas tus madrugadas desde que eras niño. No obstante, esta fría madrugada no te levantas de tu cama. Únicamente ves el techo de tu habitación. Inhalas y exhalas profunda y lentamente. Vuelves a cerrar los ojos y esperas a que al abrirlos todo sea como antes. Pero ese antes ya se encuentra muy lejano.

Cuando eras un niño te levantabas, aunque fatigado, apurado para eludir el regaño de tu padre. Los años que estuviste en el *calmécac*² y los que fuiste *yaoquizqui*, «soldado»,³ *tequihua*, «capitán del ejército», *teopixqui*, «sacerdote» y *huei tlatoani*⁴ fueron estrictamente iguales. Ahora sólo permaneces acostado hasta que la luz del sol ilumina tu alcoba. Te acomodas de

¹ *Motecuzoma* [*Motecuhzoma* o *Moctezuma*], «el que se muestra enojado», «señor que se enoja». *Xocoyótzin*, «venerable hijo menor». Más información en el *Glosario*.

² *Calmécac*, «casa del linaje», «casa de la disciplina», «casa de mancebos solteros», «en la hilera de casas». Más información en el *Glosario*.

³ Todo el vocabulario se encuentra en el *Glosario* al final del libro.

⁴ *Huei*, «gran o grande». *Tlatoani* o *tlahtoani*, «el que habla» y «el que gobierna».

lado izquierdo y cuando te cansas te acuestas bocarriba. Pien-
sas en la desgracia de tu *altépetl*.⁵ Te acomodas de lado dere-
cho. Se te duerme el brazo y harto de estar acostado te sientas
y observas tu dormitorio (*cochihuayan*) casi vacío y descuidado.

En tu mente cruza una ráfaga de recuerdos. Lo que más
te gustaba hacer era subir a la cima del *Coatépetl*⁶ y observar
el horizonte antes de que aparecieran los primeros rayos de
sol. Cuando eras aún un escuincle solías gritar y correr alegre
con tus hermanos hacia los *montes sagrados*, «basamentos».
Competían por llegar primero a la cima. Tenían fuerza, juven-
tad y muchos deseos de vivir. Y cuando algún sacerdote los
encontraba jugando en los *teteocaltin*⁷ ustedes salían corriendo.

La vida era mirar el lago a la sombra de un árbol que los
cobijaba. Contemplabas con devoción los cuerpos bronceados
de las niñas que jugaban cerca de las canoas. Era una flor de
Tenochtitlan la que más te atormentaba. Hablaba sin cesar.
Pero no contigo. Y cuando la tarde llegaba abusabas del apuro
de ella y la perseguías de lejos. Sin ser visto, rondabas por su
casa y luego volvías a la tuya y recibías las reprimendas acos-
tumbradas. Pero eso no te importaba... Tenías juventud...

La juventud ya no está. Las noches de pasión se han des-
vanecido. La gloria se ha desinflado. Las sonrisas se han di-
luido en tu recuerdo.

⁵ *Altépetl*, «agua-cerro». El término se refiere a los asentamientos o en-
tidades políticas independientes, con su capital y territorio. Se utiliza
como sinónimo de señorío, ciudad, pueblo o comarca. Más informa-
ción en el *Glosario*.

⁶ *Coatépetl*, «cerro de la serpiente». Nombre que los mexicas dieron
al Templo mayor. Más información en el *Glosario*.

⁷ *Teteocaltin*, «casas de los dioses» [*teteo*, «dioses», y *caltin*, «casas»]. En
singular *teocalli*, «casa de dios» [*téotl*, «dios», y *calli*, «casa»].

Te frotas las mejillas, los labios y la nariz. Inhalas con profundidad. Te sientes demolido, Motecuzoma. Ya no puedes ir a cantar y danzar a tu dios portentoso *tetzáhuatl*⁸ Huitzilopochtli. Extrañas el sonido de los *teponaztlis*⁹ y los *tecciztlis*.¹⁰ Los muros del palacio de Ashayácatl son tan gruesos que no se escucha nada. Extrañas tu altépetl, el aire libre, los campos y el lago. Extrañas tu libertad, tu juventud, tus mujeres... el poder. Tú, el huei tlatoani de Meshíco Tenochtitlan y señor de trescientos setenta altepeme que se encuentran desde el mar del poniente hasta el oriente —cuarenta y cuatro de ellos conquistados por ti mismo— Motecuzoma Shocoyótzin, te encuentras preso.

⁸ *Tetzáhuatl*, «portentoso». Primer nombre de Huitzilopochtli, «colibrí del sur». Dios de la guerra, dios de los mexicas. Más información en el Glosario.

⁹ *Teponaztli* [*teponaztle*, *teponaxtli*, *teponaxtle*]. Instrumento musical. Idiófono elaborado en una sola pieza de tronco de madera. Más información en el Glosario.

¹⁰ *Tecciztli*, «caracol». Utilizado como bocina o corneta.

8 de noviembre de 1519

Moteczuma Shocoyótzin no sonríe al pasar, cargado en fastuosas andas, por la calzada de Iztapalapan que los *macehualtin*¹¹ comenzaron a barrer desde la madrugada y donde luego colocaron la majestuosa alfombra de algodón en la cual el huei tlatoani está transitando en compañía de Cacamatzin, *tecuhтли*¹² de Tetzcuco; Totoquihuatzin, huei tlatoani de Tlaco-pan; *Cuitlahuatzin*,¹³ tecuhтли de Iztapalapan; Itzcuahtzin,

¹¹ *Macehualli*, «merecido (por la sangre y el sacrificio divino)». Designaba a la gente común o que no pertenecía a la nobleza. Más información en el *Glosario*.

¹² *Tecuhтли* [*teuhctli*], «señor» o «gobernador». En plural *tetecuhтин* [*teteuhctin*]. Más información en el *Glosario*.

¹³ De acuerdo con Rafael Tena (2012-b), no es correcto llamarle *Cuitláhuac*. “En todas las fuentes primarias el nombre de dicho tlatoani aparece siempre como *Cuitlahua* o, en la forma reverencial, *Cuitlahuatzin*. Por otra parte, *Cuitláhuac* (abreviación de *Cuitlahuácan*, que puede significar «donde tienen excremento» o «en el excremento seco») es el topónimo antiguo correspondiente a la actual delegación de Tláhuac”.

*cuauhtlatoani*¹⁴ de Tlatelolco, el personificador de Tezcatlipoca y más de doscientos *pipiltin*,¹⁵ los cuales —con sus cabelleras largas atadas sobre la coronilla con una cinta roja— caminan descalzos, en silencio y sin mirar a nadie.

Miles de hombres, mujeres, niños y ancianos —en la calzada, en las canoas, en las azoteas y en las calles— yacen arrodillados, con las frentes y manos tocando el piso, pues está prohibido ver al huei tlatoni. Muy pocos recuerdan su rostro, ése que muchos conocieron apenas hace dieciséis años; y los más jóvenes ni siquiera lo conocen.

Al final de la calzada están esos hombres de los que tanto se ha hablado en los últimos años, esos hombres barbados, cubiertos de atuendos que parecen de oro sucio y opaco. Es verdad que tienen venados tan grandes como las casas y que no huyen de la gente; entienden el idioma de los barbudos y obedecen; exhalan con tanta fuerza que parece que se tratara de un fuerte y breve chorro de agua de las cascadas. Sus pasos son ruidosos, como golpes de palos huecos. Vienen caminando hacia el huei tlatoni. Son cuatrocientos cincuenta hombres blancos y aproximadamente seis mil soldados *tlashcaltecas*,¹⁶ cholultecas, *hueshotzincas*¹⁷ y totonacas.

Se escucha un estruendo ensordecedor que atemoriza a los miles de macehualtin arrodillados. Es un estallido salido

¹⁴ *Cuauhtlatoani*, «el que habla como águila». Gobernantes *amo pipiltin*, «no nobles», sin linaje ni derecho legítimo, que ejercieron el cargo de tlatoni. En plural *cuauhtlatoque*.

¹⁵ *Pipiltin*, «pipiltin», plural de *pilli*, «noble», «ilustre», «miembro de la nobleza».

¹⁶ Generalmente se escribe *tlaxcalteca*, del náhuatl *tlaxcaltécatl* en singular y *tlaxcaltécah* en plural, pero se pronuncia *tlashcalteca*.

¹⁷ Generalmente se escribe *huexotzinca*, del náhuatl *huexotzíncatl* en singular y *huexotzíncah* en plural, pero se pronuncia *hueshotzinca*.

de una de las cerbatanas de fuego que traen los hombres barbados. Sólo Motecuzomatzin y los pipiltin han visto asustados el humo y el fuego extendiéndose rápidamente y que imposibilita ver de lejos. La gente no se ha atrevido a levantar la cabeza. Aunque sólo unos cuantos meshícas han visto esos palos de fuego, como le llaman algunos, todos los demás saben que cuando se escucha el trueno alguien cae muerto con la cabeza o el pecho despedazado. Lo saben porque de eso se ha hablado en todos los altepeme y en todas las casas desde hace muchos días. Los barbudos se han apoderado de muchos altepeme de las costas y otros tantos cerca de Meshíco Tenochtitlan, utilizando estas trompetas de fuego, como las llaman otros.

En cuanto Motecuzomatzin baja de sus andas, ayudado por Cacamatzin y Totoquihuatzin, se advierten sus sandalias decoradas con *teocuitlatl*, «oro», y piedras preciosas, y unas correas que cruzan en forma de equis por sus pantorrillas. Cuatro miembros de la nobleza sostienen las cuatro varas del palio rojo, —decorado con plumas verdes, oro, plata, chalchihuites y perlas— que protegen al huei tlatoani de los rayos del sol. Motecuzomatzin, Cacamatzin y Totoquihuatzin tienen en sus cabezas los *copilis*, «tiaras», de oro y de pedrería que los distinguen como señores del *eshcan tlatolóyan*,¹⁸ y visten exquisitos trajes de algodón anudados sobre los hombros izquierdos.

Los extranjeros bajan de sus grandes venados y caminan hacia el huei tlatoani. Hay mucho silencio. Se miran a los ojos con gran asombro. Motecuzomatzin, Cacamatzin y Totoqui-

¹⁸ *Excan tlatolóyan*, «lugar desde donde se habla (gobierna) en tres partes» [*excan*, «en tres partes», *tlahtoa*, «hablar», y *-yan*, «lugar»]. Se refiere a la *Triple Alianza* entre México Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan. Más información en el *Glosario*.

huatzin —cumpliendo con el saludo ceremonial— se arrodillan ante los hombres blancos, toman tierra con los dedos y se la llevan a los labios.

Un hombre que trae un cuchillo muy largo, fino y delgado, de un metal parecido a la plata, atado a la cintura, se quita el casco de metal (*tepozcuacalatl*), la pone cerca de su pecho, sonríe, agacha la cabeza y comienza a hablar frente al huei tlatoani. Su lengua es incomprensible. Otro hombre habla segundos después, pero en lengua maya. Luego una niña, de aproximadamente quince años, que viene con los barbados, pero que no es como ellos, sino que tiene la cara y la piel como todas las que viven en Meshíco Tenochtitlan, tan hermosa como cualquier doncella, camina junto a los que vienen al frente; se acerca al huei tlatoani, sin mirarlo, se arrodilla, pone su frente y sus manos en el piso y pide permiso para hablar.

Moteczumatzin ha sido muy bien informado en los últimos años. Sabe que al hombre que viene al mando del invencible ejército que llegó del mar, en todos los altepeme, le llaman *Malinche*, «dueño de Malintzin»,¹⁹ y deduce que esa niña que camina junto a él es Malintzin Tenépatl, esclava y lengua del señor de barbas largas.

¹⁹ Sobre el significado de Malintzin hay muchas versiones. Una de ellas dice que fue bautizada como Marina y ya que en náhuatl no existía la letra *r* pronunciaban el nombre como *Malina* y que al agregarle la terminación *tzin*, que en náhuatl es un sufijo que indica respeto o cariño, se le llamaba *Malintzin*. Otra versión dice que *Malinalli* era su nombre en náhuatl y que significa hierba seca y que simplemente se le llamaba *Malintzin* en forma de respeto. Otra versión es que *Mali* en náhuatl significa cautivo, y con el *tzin*, *Malintzin* era “venerable cautiva”. Otra versión asegura que su nombre se deriva de *Malinalli*, nombre del decimosegundo día de la veintena del calendario mexicano, y que, por ser nombre propio, se podían suprimir las últimas dos letras, *li*, quedando como *Malinal*.

—Mi tecuhtli Hernando Cortés —habla la niña Malina—, capitán de la tropa española enviada por el tlatoani Carlos de España dice que se alegra mucho de que por fin puede ver a tan grande señor, y que se siente honrado de que usted le permita conocerlo. También le agradece todos los regalos que le ha enviado desde su llegada.

Malinche se aproxima con una confianza que hasta el momento nadie se ha permitido (Motecuzomatzin percibe un hedor punzante) y extiende los brazos hacia el frente. «¿Qué está haciendo?», se preguntan rápidamente todos los miembros de la nobleza. «¿Cómo se atreve?» Cuitlahuatzin y Camatzin se apresuran para interceptar al hombre blanco —y también se percatan de su mal olor—, le toman de los antebrazos y le dicen que está prohibido tocar al huei tlatoani. Los hombres que acompañan a Malinche se alteran y apuntan con sus cerbatanas de fuego. Se escuchan rumores. El tecuhtli²⁰ Malinche alza las manos, da un paso hacia atrás y habla, pero no se le entiende. Entonces el otro hombre traduce a la lengua maya y la niña Malina al náhuatl.

—Mi señor Hernando Cortés quiere hacerle un regalo. —La niña mira directamente a los ojos del huei tlatoani.

Motecuzomatzin voltea a ver a Camatzin y a Totoquihuatzin.

²⁰ Los españoles confundieron la palabra *tecuhtli* —que significa «señor»— por la palabra *téotl*. Al preguntar por el significado de la palabra *teul* los mexicas que les dieron la traducción creyeron que se trataba de *téotl*, que significa «dios». Entonces los conquistadores creyeron que los nativos los habían confundido con dioses, escribiendo en sus crónicas que les llamaban *teules*, lo cual es completamente falso, pues cuando ellos llegaron Motecuzoma y todos los mexicas ya sabían que no eran dioses.

—Niña. —Cacamatzin la regaña—, cada vez que te dirijas al huei tlatoani Motecuzomatzin debes hacerlo de esta manera: *Tlatoani, notlatocatzin, huei tlatoani*: «Señor, señor mío, gran señor».

Con humildad y algo de vergüenza, la niña Malina agacha la cabeza y responde que así lo hará. El tecuhtli Malinche le pregunta intrigado qué le han dicho y ella le informa lo ocurrido. Entonces él se arrodilla ante el huei tlatoani y todo su séquito lo imita.

—Señor, señor mío, gran señor —dice Malinche sin levantar la cabeza.

—Dile que ya se puede poner de pie —ordena Motecuzomatzin a la niña Malina, quien a su vez traduce en lengua maya al otro hombre, al que llaman Jeimo,²¹ y que habla la lengua de los barbados.

En cuanto Malinche se pone de pie, se quita un collar de margaritas y diamantes de vidrio que trae puesto y se lo ofrece a Motecuzomatzin. Cuitlahuatzin y Cacamatzin se disponen a detenerlo, pero en esta segunda ocasión, Motecuzomatzin les ordena que no intervengan. Malinche se acerca al huei tlatoani y le pone el collar.

—Tráiganle dos collares de regalo —Motecuzomatzin dice en voz baja sin quitar la mirada del hombre blanco.

Minutos después uno de los hombres de la nobleza se acerca con dos collares hechos de piezas de conchas rosadas y con unos pendientes de oro con forma de camarones. Se las entregan a Cacamatzin quien a su vez se prepara para entregárselas a Malinche.

²¹ Jerónimo de Aguilar.

—Espera —dice Motecuzomatzin con una serenidad inesperada—. Yo se lo daré.

Cacamatzin, Totoquihuatzin, Cuitlahuatzin y el resto de la nobleza no pueden creer que el huei tlatoani esté dispuesto a tener contacto con los extranjeros. Motecuzomatzin camina lentamente hacia Malinche y le pone el collar.

—Sean todos usted bienvenidos a ésta, su casa —dice Motecuzomatzin.

Cuitlahuatzin avanza al frente, se arrodilla, toca la tierra con los dedos y se lleva un poco a los labios. Se pone de pie y vuelve a su lugar. El acto lo repite cada uno de los miembros de la nobleza. Sólo se escuchan los ruidos que hacen los venados gigantes con sus hocicos y sus patas, el graznido de las aves acuáticas, el trino de los pajarillos, el arrullo de las tórtolas y el agua que se menea inquieta en el lago.

—Cuitlahuatzin —ordena el huei tlatoani Motecuzomatzin—, acompaña al tecuhtli Malinche.

Aunque no está de acuerdo, Cuitlahuatzin, el tecuhtli de Iztapalapan y hermano del huei tlatoani, agacha la cabeza y camina hacia Malinche, le toma del brazo y espera a que Motecuzomatzin suba a sus andas. En cuanto comienzan a caminar se escuchan los gruesos graznidos de las caracolas (*quiquiztlis*), el retumbo de los teponaztlis, el silbido de las flautas (*tlapitzallis*) y las sonajas. La gente, como en tiempos pasados, cuando Motecuzomatzin volvía victorioso de las guerras, les entregan girasoles, magnolias, flores de maíz tostado, flores de tabaco amarillas y flores de cacao. Cuelgan en los cuellos de los hombres barbados collares de guirnalda y adornos de oro. Muchos de los extranjeros se muestran a la defensiva ante los regalos de los macehualtin. Alzan sus armas y apuntan con sus arcos de metal. Meshíco Tenochtitlan, de quince kilóme-

tros cuadrados, tiene doscientos mil habitantes. Todos observan curiosos —desde las azoteas, las canoas en los canales y las copas de los árboles— las armas extrañas de esos hombres, sus venados gigantes, sus barbas largas, sus trajes de plata opaca y sus perros llenos de pelo, pues los de estas tierras apenas si tienen pelambres en la frente y el pecho.

Adelante va un grueso contingente de danzantes. Los siguen los sacerdotes —con las orejas saturadas de heridas por el autosacrificio— que echan incienso hacia los lados; luego vienen los capitanes veteranos, con sus trajes de águila y jaguar, y sus *macuáhuitles*²² y *chimalis*²³ en cada mano. Otros traen *tlahuitolis*,²⁴ y *yaomitles*.²⁵ Después avanzan los venados gigantes, moviendo sus cabezas de izquierda a derecha y defecando al mismo tiempo que caminan. Una docena de hombres barbados jalonean de sus correas a los perros que ladran exaltados, olfatean, vuelven a ladrar, orinan y vuelven a ladrar.

La gente se pregunta qué significa lo que está dibujado en el estandarte que carga sobre los hombros uno de los extranjeros.

Siguen más venados gigantes y los niños ríen al escuchar las exhalaciones que suenan como chorros de agua. Los extranjeros cargan tantas cosas que parece que trajeran cascabels de metal. Luego marchan decenas de hombres con más arcos de metal y cerbatanas de fuego.

²² *Macuáhuítl*, «palo de mano» [*maítl*, «mano»; y *cuáhuítl*, «árbol», «palo» o «madera»]. Macana o garrote que se usaba como espada, hecho de madera con cuchillas de obsidiana incrustadas. Más información en el *Glosario*.

²³ *Chimalli*, «escudo».

²⁴ *Tlahuitolli*, «arco».

²⁵ *Yáomitl*, «flecha con punta de pedernal o hueso».

Hasta el final entra el tecuhtli Malinche con sus capitanes que lo protegen; cientos de guerreros —con sus atuendos de guerra, macuáhuítl, chimalis, tlauhítlis, yaomitles, *tlahcalhuazcuáhuítl*,²⁶ *tlacochtli* y *tlatzontectli*²⁷ de Tlascálan, Tepóztlan, Tliluhquitépec, Hueshotzinco, Cempoala y Cholólan.²⁸ Cantan orgullosos porque han logrado entrar a la ciudad de Meshíco Tenochtitlan, un lugar que para algunos de ellos ha estado prohibido por años.

Los tenoshcas no les dan muestras de bienvenida a los tlascaltecas, tepoztlancalcas, tliluhquitepécas, hueshotzincas, cempoalacas y chololtécas. La celebración se extingue rápidamente. Cuitlahuatzin los guía hasta un muro de piedra gruesa, con pilares que resguardan el palacio de Ashayácatl, conocido por todos como las *huehuecali*, «Las casas viejas», o el *huehuetecpancali*, «el palacio viejo»²⁹ —ubicado en el lado oeste del Recinto Sagrado y construido por el bisabuelo de Motecuzoma Shocoyótzin, el tlatoani Motecuzomatzin Ilhuicamina, cincuenta años atrás y remodelado por su padre, el tlatoani Ashayácatl— el cual tiene en la parte del centro dos pisos y cuatro construcciones exteriores de uno.

—Aquí es. —Cuitlahuatzin señala la entrada del palacio de Ashayácatl.

Malinche no le pone atención. Está impresionado con el majestuoso basamento que se ve a lo lejos y que resalta por sobre todos los edificios.

²⁶ *Tlahcalhuazcuáhuítl*, pieza de madera hueca que servía como cerbatana para lanzar dardos, generalmente envenenados.

²⁷ *Tlacochtli*, «dardo», «flecha», «lanza» con puntas de obsidiana lanzadas con el *átlatl*. También *tlatzontectli*.

²⁸ *Cholóllan*, «agua que cae en el lugar de huida». Actual Cholula, a siete kilómetros de la ciudad de Puebla.

²⁹ *Huehue*, «viejo»; *calli*, «casa»; y *tecpancalli*, «palacio».

Tiene una escalera doble al frente y dos teocalis en la cima. Las esculturas de la mitad norte (asociada a Tláloc) son color *xoxouhqui*, «azul-verde», y aluden a la temporada de lluvias, llamada *xopan*; mientras que las de la mitad sur (asociadas a Huitzilopochtli) son de color *cozauhqui*, «amarillo-ocre», y aluden a la temporada de secas, llamada *tonalco*.

—Es el *teotépetl*, «monte divino» —explica la niña Malina—. Está dedicado a Huitzilopochtli, dios de la guerra y Tláloc, dios del agua.

Malinche siente irrefrenables deseos de ver ese edificio que vio desde que estaba a punto de entrar a la ciudad. Entonces, la niña Malina le expresa a Cuitlahuatzin los deseos de su dueño.

—Motecuzomatzin los está esperando —insiste Cuitlahuatzin ignorando lo que acaba de escuchar.

Al entrar, Malinche y sus hombres cruzan un amplio patio hasta llegar a la sala principal donde ya se encuentran Motecuzomatzin y el resto de la nobleza meshíca.

—Siéntate aquí. —El *huei tlatoani* toma a Malinche de la mano y lo guía hasta el *tlatocaicpali*,³⁰ el mismo en el que se sentaron sus predecesores, los *tlatoque* Ashayácatl y Ahuítzotl y en el cual nadie más tenía permitido sentarse.

La inusitada conducta de Motecuzoma Shocoyótzin deja pasmados a los *pipiltin*, a los *huehueintin tlatoque*;³¹ a los *tecuhtlatoque*, «senadores», a los *tetecuhtin*; a los *huehuetque*, «ancianos»; a los *nenonotzaleque*, «consejeros»; a los *teopishque*, «sacerdotes»; a los *tetlatlalilianime*, «jueces», a los *tlamatinime*, «sabios»; a los

³⁰ *Tlatocaicpalli*, «asiento real». Más información en el glosario.

³¹ *Huehueintin tlatoque*, plural de *huei tlatoani*, «grandes tlatoanis» o «grandes gobernantes». Hace referencia específicamente de los *tlatoque* de México Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan.

tlapouhque, «adivinos»; a los *tlaciuhque*, «astrólogos»; a las *cihuapipiltin*, «damas de la nobleza»; a los *teohuaque*, «sacerdotes de los barrios»; a los *calpuleque*, «dirigentes de barrios»; a los *calpishqueh*, «recaudadores»; a los *tecpantlacátin*, «cortesanos»; a los *yaotequihuaque*, «capitanes»; a los *telpochyahque*, «sargentos»; a los *yaoquizque* «soldados»; a las *cihuah tétlan nenenque*, «sirvientas» y a los *técpán nenenque*, «sirvientes».

—Ésta es tu casa —ofrece Motecuzomatzin y lo mira directamente a los ojos—. Come y descansa. Este palacio puede albergar a más de doscientos hombres. He dado instrucciones para que los pipiltin los atiendan como ustedes se merecen. Volveré después para hablar contigo. —Sale y se dirige a su palacio—.

2

Contaba mi padre Ashayácatl que cuando yo nací —en el *calpuli*³² de Aticpac, en el año uno-caña (1467)—, mi tío bisabuelo, Tlacaélel, el *cihuacóatl*,³³ hombre de sesenta y nueve años, en silencio me observó en brazos de mi madre por unos minutos y sin acercarse dijo:

«Tú serás tlatoani».

Crecí sabiendo que era uno de los probables sucesores de mi padre. No sabía aún quién le seguiría en el puesto, pero mi tío abuelo, el gran *cihuacóatl* Tlacaélel, se encargó de educarme con mano dura siempre que tuvo oportunidad. No hubo día en mi infancia —si se cruzaba en mi camino— en el que él no me corrigiera. Su comportamiento autoritario me hizo pasar muy malos ratos. Jamás me permitió hacer berrinches ni responder de forma insolente ante mis mayores.

Mi padre también fue muy estricto. No recuerdo el día exacto, pero lo que no puedo olvidar es la primera vez que me

³² *Calpulli*, o *calpolli*, «casa grande» o «casa comunal». Barrio o subdivisión del altépetl. En plural, *calputin*. Más información en el *Glosario*.

³³ *Cihuacóatl*, título sacerdotal. Más información en el *Glosario*.

castigó. Si cierro los ojos puedo ver su mano acercándose a mi boca. En la otra tenía un punzón, el cual se veía enorme. Tragué saliva cuando sentí sus dedos ásperos en mi labio inferior. Lo jaló hacia afuera y sin advertencia lo perforó.

—Nunca debes mentir —me dijo al mismo tiempo que giraba su mano de derecha a izquierda para que el punzón perforara mi labio.

En mi mente había un solo pensamiento:

«Te odio».

Tenía los brazos extendidos hacia abajo, apretando mis muslos con las manos.

—No llores —ordenó mi padre, como siempre lo hacía, con la misma mirada inflexible.

Pero yo nunca lloraba. Enterré las uñas en mis muslos cuando sentí la segunda perforación. Cerré los ojos para no ver las enormes manos de mi padre, y también para no ver a mi madre, para que su llanto no me contagiara, para no pensar en lo que me estaba ocurriendo.

«Te odio».

Luego sentí la tercera perforación. Seguía con los ojos cerrados. No quería ver el rostro de mi padre.

—Que no se repita —dijo mi padre tras sacar el punzón de mi labio y luego ordenó—: Abre los ojos.

Obedecí.

—Esto es para que aprendas que no debes mentir. Jamás. —Me apuntó al rostro con el dedo índice. Sus ojos estaban tan abiertos que parecía que se le iban a salir—. Por ninguna razón. —Me dio la espalda y se fue.

Me llevé la mano a la boca y respiré profundo para no llorar. Era otra de las reglas que mi padre me había impuesto.

No llorar. Por nada. Jamás. Ya antes me había castigado con azotes o golpes. Y me había dejado largas horas encerrado.

Mi madre contaba que dejé de llorar cuando empecé a caminar. Aprendí que no llorar era equivalente a no mostrar mis sentimientos, que a fin de cuentas era lo mismo que mentir. Supuse que mentir estaba permitido. Y sin comprenderlo comencé con una mentira ligera, luego con otra. Eran mentiras para eludir la culpa por alguna travesura. Hasta que mi padre me descubrió, me castigó perforándome el labio inferior y me dejó solo con mi dolor. De pronto vi la palma de mi mano teñida de rojo. Fue la primera vez que vi sangre. Mi sangre escurriendo desde mi boca hasta mi pecho. Sentí su sabor y me gustó.

Imposible olvidar mi infancia. Imposible ignorarla. No entendía por qué los niños teníamos tantas obligaciones y castigos. El día que mi padre nos avisó a mis hermanos y a mí que seríamos entregados a los sacerdotes para que nos educaran sonreí: creí que me había liberado de mi padre, quien no preguntó por mi alegría. Seguro pensó que se debía a un interés por mi educación.

Mis hermanos y yo salíamos a jugar con otros niños: primos y vecinos. Nos correteábamos unos a otros con palos de madera, simulando ser guerreros. Algunos teníamos caparzones de tortugas que utilizábamos como escudos. Hacíamos pequeñas lanzas con las ramas de los árboles y luego nos las aventábamos. Corríamos a veces hasta la orilla del lago y —si alguien nos daba permiso— nos escondíamos en las canoas. Desde entonces fui mandón. Por lo mismo yo siempre era el capitán, aunque fuese un juego. Premiaba a los que demostraban su valor y a los cobardes los castigaba o los expulsaba.

La guerra era un juego. Ninguno de nosotros sabía lo que nos esperaba a partir del día siguiente.

—Van a entrenarnos para ser guerreros —dijo uno de mis primos.

Me fui a dormir esa noche imaginando que nunca más volvería a ver a mi padre, que mi vida cambiaría a partir de entonces. Y cambió. Cambió por completo.

Al dar el *hualmomana*,³⁴ «amanecer», mi padre habló conmigo. Ignoré su largo discurso. Sé que algo decía sobre la obediencia y nuestro futuro. Hubo una despedida solemne antes de entrar a una de las pequeñas aulas. Yo no sabía aún que volvería a casa y que seguiría mi vida con mi padre. Sonreía. Lo único que me interesaba era alejarme de los castigos. Todos los niños corríamos llenos de alegría. Nadie le dio importancia a la llegada de uno de los sacerdotes. Sólo algunos obedecieron al primer llamado de atención. Luego ingresó otro sacerdote y dio un grito descomunal que provocó un silencio repentino. La desobediencia de un niño provocó que los dos hombres fueran tras él. Lo arrastraron hasta el frente del cuarto pese a sus patadas y gritos. Uno de los sacerdotes sacó un punzón igual al que mi padre había utilizado para castigarme por haber mentido y se lo enterró en las costillas, una y otra vez. El niño lloró y le ordenaron que no lo hiciera, de lo contrario seguirían con el castigo.

La mirada del sacerdote me hizo recordar los ojos de mi padre. Apenas había llegado y sentía que ya no soportaba estar ahí. Observé en varias direcciones y encontré a mis com-

³⁴ *Hualmomana*, «se extiende el sol». De acuerdo con la metodología solar y lunar para medir el tiempo durante el día y la noche por la que se regían los nahuas, esto era aproximadamente a las seis de la mañana.

pañeros con gestos llenos de terror. Era una desilusión comprender que la vida era así en todas partes. Que no sólo se trataba de nuestros padres. Que la educación era general. Miré con odio al sacerdote. Sus ojos me irritaban más que los piquetes que le propinaba al niño, que se esforzaba por no llorar. Y yo me preguntaba por qué aquel niño no podía contener el llanto.

Esa noche nos llevamos a los teteocaltin para que aprendiéramos a orar mientras echábamos *copali*³⁵ a los dioses. Hacía mucho frío, era de madrugada. Estábamos casi desnudos. De mi nariz salía mucho líquido. Todo mi cuerpo temblaba. Los sacerdotes hacían oraciones al dios Huitzilopochtli mientras los niños debíamos permanecer hincados, soportando el clima, el hambre y las diminutas piedras en la tierra que se nos incrustaban en las rodillas.

—Tengo frío —me atreví a interrumpir la oración de los sacerdotes.

Las llamas en la fogata bailoteaban con el viento mientras una recua de hojas secas se deslizaba de un lado a otro del Recinto Sagrado, que entonces era mucho más pequeño que el actual. El sacerdote, que también estaba arrodillado, detuvo sus oraciones, bajó la cabeza y manos hasta la tierra y habló sin mirarme.

—Es para que valoren los privilegios que nos da el Sol.

—Tengo hambre —insistí.

—Sólo así le darán valor a lo que se llevan a la boca. Deben acostumbrarse a sufrir el hambre, el calor y el frío. De igual

³⁵ *Copalli*, «incienso». Resina vegetal del árbol del género *Bursera*, que los mexicanos llamaban *copal-cuáhuatl*, «árbol de copal».

forma prepárense para los días calurosos porque tampoco podrán quejarse.

Al día siguiente muchos niños amanecimos enfermos, lo cual no sirvió para evadir nuestras responsabilidades. Nos dieron unos brebajes hechos con hierbas y nos sacaron al sol. Decían que la mejor cura para esa enfermedad era estar activos. Cinco días después estábamos completamente sanos.

Mi odio hacia mi padre fue creciendo con el paso del tiempo. Creía que yo merecía un mejor destino sin darme cuenta de que lo que mi padre hacía por nosotros era lo mejor. La educación era su mejor herencia. Pero nada de eso lo comprendía a esa edad.

Pronto fui acostumbrándome a las jornadas. Nunca más volví a enfermarme por pasar casi desnudo toda la noche frente al teocali de Huitzilopochtli. Mi cuerpo se acostumbró al poco alimento que recibía y mi mente a soportar el autosacrificio que debíamos hacer todos los días: perforarnos la lengua o los labios o alguna otra parte del cuerpo. Aprendí a pescar, a sembrar, a cosechar, a barrer los montes sagrados. Aprendí las primeras enseñanzas sobre nuestra religión, como los demás niños, sin entender. Repetíamos y repetíamos sin interés, sin ganas de saber por qué estábamos ahí. La mayoría de los niños lo asumíamos como una obligación, un camino sin salida, sin comprender la religión desde su esencia.

Hasta los seis años de edad creí que mi padre había sido tlatoani desde siempre. Tampoco entendía mi situación. No me importaba. Nunca pregunté sobre la jura ni las fiestas que se hicieron. Tal vez porque no me interesaba la alegría de mi padre o cualquier cosa relacionada con él.

Mi primer encuentro con la muerte fue cuando tenía siete años de edad. Estaba jugando con mis hermanos a la orilla

del lago. Ellos corrieron al interior de la isla mientras yo me quedé observando a dos hombres que golpeaban a otro. Le perforaron el pecho con un cuchillo de obsidiana y huyeron sin percatarse de que los espiaba. Me quedé quieto detrás de un árbol. No sabía si debía callar o correr a avisar a mi padre o alguien del gobierno. No hice nada. Tampoco sentí miedo al caminar hacia el hombre caído. No pude quitar la mirada de ese pecho lleno de sangre. Tenía un color claro y brillante. Sentí deseos de tocarlo, de meter mis dedos en su herida, pero no lo hice. Contemplé su rostro inmóvil y sus ojos abiertos que parecían observar el horizonte. De pronto el hombre se movió y su garganta hizo un ruido sin mover los labios. Sus ojos se dirigieron a mí. Tenía las manos sobre el pecho. Los dedos de sus manos se movían como si quisieran cerrarse. Me estaba observando. De pronto dejó de moverse. Me incliné un poco para comprobar su muerte. En ese momento escuché el grito de un niño y corrí para que no me encontrara ahí, junto al cadáver.

Nunca me pregunté por qué habían asesinado a aquel hombre, pero sí me intrigaba saber qué había sentido al morir. Tampoco le comenté a nadie sobre lo que había visto ni lo que sentí al respecto.

Ni siquiera a mi madre, a quien amé como a nadie. Ella solía observar la luna por largos ratos, a veces toda la noche. Yo sabía cuándo lo hacía y salía tras ella, que sin decir una palabra, ponía su mano en mi cabeza y me acariciaba el cabello sin quitar la mirada del cielo. Decía que, prefería ver la luna cuando salía, porque era cuando se veía más grande. Ya luego se sentaba en algún lugar. Cuando yo era todavía muy pequeño, ella me acostaba en su regazo y me acurrucaba. Ella veía la luna y yo observaba sus labios, y extendía mi mano

para acariciarlos. En cuanto ella sentía mis dedos, se inclinaba y me besaba la frente. Fui creciendo y seguí con el mismo ritual de seguirla, hasta que una noche mi padre le prohibió que me cargara.

—Ya está muy grande ese niño para que lo trates así.

Mi madre no amaba a mi padre. Para el matrimonio no importan los sentimientos de la mujer. Uno va y la pide; y si no se la dan se la roba. Ellas están obligadas a amar y respetar a su hombre en cuanto se convierten en esposas o concubinas. Si mi madre lo obedecía no era por amor. Jamás logró amarlo, pero nunca le faltó al respeto. Siempre obedeció sus órdenes. Sus otras concubinas eran distintas: sumisas, pero a sus espaldas hacían cosas que mi madre jamás se atrevió ni con el pensamiento.

El día que ella murió supe que estaba verdaderamente solo. No derramé una sola lágrima. Cuando vi su cadáver, contemplé sus ojos cerrados, su gesto impávido, como si se hubiese ido a dormir con alguna preocupación, algún enojo. No la toqué. No porque tuviera miedo, sino porque lo que yo tenía frente a mí no era mi madre sino un cuerpo muerto. Los cadáveres no me provocan sentimiento alguno; la sangre sí.

3

El frío de la madrugada es intenso. Pero a Motecuzomatzin, que se encuentra en la cima del Coatépetl, eso no le importa. Lleva varias horas ahí, reunido con los teopishque en una ceremonia en la que no hubo música ni danzas. En esta ocasión han estado haciendo oraciones desde que anocheció. La llegada de los extranjeros les arrebató el sueño.

—¿Qué estoy haciendo? —se ha preguntado el huei tlatoani Motecuzoma Shocoyótzin una y otra vez.

La tarde anterior, luego de instalar a los extranjeros en el huehuecali, Motecuzomatzin se fue al huei tecpancali para dialogar con los miembros de la nobleza. Quería saber sus impresiones y sólo recibió reclamos y cuestionamientos. Una hora después regresó al huehuetecpancali —donde volvió a percibir el mismo hedor—, invitó al tecuhtli Malinche a que se sentara en el tlatocaicpali y mandó colocar otro igual para él.

Los dos pipiltin que habían colocado el tlatocaicpali, descalzos y vestidos con ropas de henequén, dieron unos pasos hacia atrás, sin darle la espalda al huei tlatoani, y se colocaron

en cuclillas a unos metros de distancia del trono, con la cabeza inclinada y la mirada dirigida al piso. Finalmente, pidieron permiso para retirarse en un tono de voz muy bajo. Motecuzomatzin le respondió, de forma casi inaudible, a otro de los miembros de la nobleza que se encontraba de pie a un lado suyo, quien a su vez respondió en voz alta. Los dos hombres se pusieron de pie y sin alzar la mirada caminaron hacia atrás.

Después dio la orden de que entraran todos los pipiltin con los regalos que había preparado para los huéspedes: plumas finas, joyas, seis mil piezas de la más fina ropa de algodón, comida, plata y oro. Cada una de las personas que entraban se arrodillaba, hacían las reverencias al huei tlatoani, entregaba su ofrenda, luego caminaba hacia atrás sin darle la espalda, se sentaba en cuclillas con la cabeza y mirada hacia abajo y pedía permiso para salir; Motecuzomatzin le respondía al pili, «noble», que estaba a su lado, éste hablaba y el otro salía sin mirar al frente y sin darle la espalda al tlatoani.

Luego Motecuzomatzin habló y la lengua, al que llaman Jeimo, lo tradujo así:

Estáis en vuestra naturaleza y vuestra casa, holgad y descansad del trabajo del camino y guerras que habéis tenido, que muy bien sé todos los que se vosotros han ofrecido de Putunchán acá, y bien sé que los de Cempoala y de Tascatelcatl os han dicho muchos males de mí.

No creáis más de lo que por vuestros ojos veredes, en especial de aquellos que son mis enemigos y algunos de ellos eran mis vasallos y se me han rebelado con vuestra venida y por favorecerse con vosotros lo dicen, los cuales sé que también os han dicho que yo tenía las casas con las paredes de oro y que las esteras de mis estrados y otras casas

de mi servicio eran asimismo de oro, y que yo era y me hacía dios y otras muchas cosas.

Las casas ya las veis que son de piedra y cal y tierra. —En ese momento Motecuzomatzin se puso de pie y alzó sus vestiduras para que el tecuhtli Malinche viera su sexo—. A mí véisme aquí que soy de carne y hueso como vosotros y como cada uno, y que soy mortal y palpable —con gran insistencia se tocó con las manos el pecho, el abdomen, caderas, genitales y piernas—. Ved cómo os han mentido; verdad es que tengo algunas cosas de oro que me han quedado de mis abuelos: todo lo que yo tuviere tenéis cada vez que vosotros lo quisiéredes; yo me voy a otras casas donde vivo; aquí seréis provisto de todas las cosas necesarias para vosotros y para vuestra gente. Y no recibáis pena alguna, pues estáis en vuestra casa y naturaleza.³⁶

Al terminar de decir esto, el huei tlatoani se retiró y permaneció en la sala principal de su palacio con todos los pipiltin, tecpantlacátin, teopishque y *yaotequihuaque*, «capitanes del ejército». Todos hicieron la misma pregunta: «¿Qué debemos hacer?». Aunque todos creen tener la respuesta nadie sabe realmente cómo sacar a los barbados de sus tierras. No hay evidencia de la existencia de ese tlatoani que tanto mencionan y cuyo nombre apenas si pueden pronunciar los pipiltin de Meshíco Tenochtitlan. «¿Calo o Alos?» «¿Qué nombres tan difíciles los de estos *tohueyome*»,³⁷ dice uno de los teopishque.

Toda la tarde y noche del día anterior estuvieron entrando informantes al palacio. «Acaban de comer». «Han puesto sus

³⁶ Segunda Carta de Relación de Hernán Cortés.

³⁷ *Tohueyo*, «extranjero». En plural *tohueyome*. También *ténitl*, «extranjeros». En plural, *tenimeh*.

armas en las azoteas de Las casas viejas». «Están cuidando todas las entradas».

—¿Cuántos días piensa darles hospedaje? —preguntaron los pipiltin en varias ocasiones a Motecuzomatzin.

—No lo sé —respondió y se mordió el labio inferior.

—Debemos ponerles un límite.

—No es tan fácil —respondió Motecuzomatzin apretando los puños—. No sabemos en realidad cuánto poder tiene su tlatoani.

—¿Y si están mintiendo?

—Por eso mismo necesitamos averiguar. —Se llevó las manos a las sienes e inhaló profundamente.

—Consultemos a los dioses.

Salieron de las casas nuevas y se dirigieron al Coatépétl al inicio de la madrugada, donde permanecieron haciendo oraciones hasta el amanecer.

En cuanto el horizonte comienza a iluminarse Motecuzomatzin decide volver al huei tecpancali. Hoy ha decidido ayunar. Ordena que le preparen el temazcali, un baño de vapor que tiene en su palacio y que sirve para curar los malestares físicos y emocionales. Al entrar a aquel cuarto oscuro y lleno de vapor se sienta en el piso, extiende los brazos y cierra los ojos por unos minutos.

—¿Qué debo hacer?

Una hora más tarde sale del temazcali y se dirige a su habitación donde ya lo esperan varios pipiltin para vestirlo con un atuendo nuevo.

—¿Qué debo hacer? —se pregunta justo antes de salir de las casas nuevas (*yancuiccali*) y dirigirse a Las casas viejas (*huehuecali*).

El palacio está rodeado de soldados tlashcaltecas, tepoztlancalcas, tliluhquitepécas, hueshotzincas, cempoalacas y

chololtécas. Motecuzomatzin entra en silencio, seguido de un numeroso contingente de *pipiltin*, «nobles», *teopishque*, «sacerdotes», *tecpantlacátin*, «cortesanos», *yaotequihuaque* «capitanes» y el *ishíptla*³⁸ de Tezcatlipoca,³⁹ un joven mancebo que en silencio acompaña al tlatoani a todas partes. Los extranjeros que se encuentran en el patio no muestran reverencias. Su comportamiento parece indiferente y burlón. Algunos siguen con sus arcos de metal y sus trompetas de fuego en las manos. Antes de entrar a la sala principal uno de los *tequihuaque*, «capitanes», anuncia la llegada del tlatoani. Malinche, que se encuentra rodeado de sus soldados, les ordena que se callen y muestren reverencia al tlatoani. A pesar de que todos obedecen se escuchan risas y murmullos. Toda la sala apesta a sudor, a orines, a mierda, a carne podrida. Malinche arrodillado ante Motecuzomatzin regaña en voz alta a los que siguen desdeñando la presencia del tlatoani. Por fin todos callan.

—Tecuhtli Malinche —dice Motecuzomatzin y se le acerca—. Ponte de pie.

La niña Malina habla en maya y luego el otro *tohueyo*, «extranjero», lo dice en su lengua. Malinche se levanta sin mirar a los ojos al tlatoani, quien se siente complacido con el respeto que muestra el capitán.

—¿Qué tal pasaron la noche?

³⁸ *Ixíptla*, «el que está cubierto con los ornamentos, ve, escucha y habla como un dios». Personificador de un dios. Más información en el *Glosario*.

³⁹ *Tezcatlipoca*, «espejo (de obsidiana) humeante» o «humo de espejo (de obsidiana)» [*tézcatl*, «espejo»; -i, «su»; *pōctli*, «humo» y -ca, sufijo para identificar a una persona].

Moteczumatzin quiere saber cómo le ha llamado Malinche, pues no escuchó su nombre ni la palabra tlatoani, y le pide a la niña Malina que le diga a Malinche que repita la palabra.

—Su Majestad.

Moteczumatzin intenta repetirla: Su *majeta*.

—*Su Majestad* —corrige la niña Malina.

—¿Hablas su lengua? —pregunta Moteczumatzin.

—Muy poco, mi señor.

—¿Es difícil aprenderla?

—Sí.

Malinche observa y sonríe al mismo tiempo que acaricia el puño del largo cuchillo que cuelga de su cintura. Luego la niña Malina le explica que el tlatoani está interesado en su lengua.

—¿Quiere aprender nuestra lengua? —pregunta Malinche a su joven intérprete.

—Sólo preguntaba —responde Moteczumatzin—, tecuhtli Malinche.

—Hernando Cortés —corrige.

El tlatoani permanece en silencio mientras las lenguas Malina y Jeimo Cuauhtli traducen y su *tecpantlácatl*⁴⁰ le transmite al oído lo que escucha, tal cual lo hace en todo momento y en todo lugar. Observa a Malinche, quien una vez más dice su nombre.

—En... en... —Moteczumatzin trata de pronunciar el nombre— en... ando Coté...

⁴⁰ *Tecpantlácatl*, «persona del palacio» [*técpān*, «palacio», y *tlácatl*, «persona»]. Cortesano. En plural, *tecpantlacátin*.

—Erre, erre —explica Malinche mostrando el movimiento de la lengua.

—Ege... Ege... —Motecuzomatzin intenta pronunciar ese sonido inexistente en la lengua náhuatl—. Ege...

—Erre, erre...

—Ege... Ege...

Los *tohueyome*, «extranjeros», siguen arrodillados. El huei tlatoani frunce el ceño y niega con la cabeza.

—Dice mi señor Cortés que no se preocupe —traduce la niña Malina—, que ya habrá tiempo.

«¿Tiempo?», se pregunta Motecuzomatzin en silencio. «¿Cuánto tiempo piensan estar aquí?» Observa a los extranjeros y se cuestiona una vez más: «¿Qué más quieren? Ya les dimos la bienvenida, ya les hicimos regalos, ya les ofrecimos nuestra amistad. ¿Quieren más plumas?, ¿más mantas de algodón?, ¿más alimento?, ¿más oro?, ¿más piedras preciosas?».

—Me han dicho que hay un mercado muy grande en *Tlatelulco*.

—*Tlatelolco* —corrige la niña Malina.

A pesar de que tiene muchas cosas importantes que atender, Motecuzomatzin decide llevarlos personalmente. No es que tenga grandes deseos de pasear con ellos, pero sabe que no es conveniente que anden solos por la ciudad. En cualquier momento podrían llevar a cabo una matanza como la que hicieron en Cholólan; o peor aún, convencer a los tlatelolcas de que se revelen contra Meshíco Tenochtitlan.

—Niña, dile a tu dueño que les voy a mostrar la ciudad. Ya pueden ponerse todos de pie.

Aún no salen de Las casas viejas y ya los esperan cientos de meshícas curiosos. Los capitanes del ejército tenoshca les or-

denan a gritos que se quiten del paso y que se arrodillen ante el tlatoani.

—Señor, señor mío, gran señor —dice uno de los tequihuaque—, no podemos salir aún. Mucha gente no obedece nuestras órdenes.

—Quieren ver de cerca a los *tohueyome*, «extranjeros» —agrega otro capitán.

La niña Malina le explica al tecuhtli Malinche lo que sucede, quien a su vez da una orden a uno de sus yaoquizque. Minutos después se escucha un trueno ensordecedor y una nube de humo se esparce entre ellos. Motecuzomatzin y su séquito permanecen de pie, mirándose entre sí. Les inquieta que los extranjeros utilicen sus armas con tanta frecuencia.

—Vamos —dice el tlatoani mirando hacia el frente.

Al cruzar la salida de Las casas viejas se encuentran con miles de personas arrodilladas, llenas de temor. Los pipiltin se preparan para acompañarlos también. En cuanto Motecuzomatzin sale ya lo esperan cientos de yaoquizque. Llevar a sus invitados escoltados por el ejército no es costumbre de ninguno de los altepeme del Anáhuac, pero Motecuzomatzin ya no confía en los extranjeros. Sube a sus andas ayudado por dos pipiltin. Malinche y sus hombres suben a sus grandes venados. Los siguen los *tlamémes*, «cargadores» y miles de soldados tlascaltecas, tepoztlancalcas, tliliuhquitepécas, hueshotzincas, cempoalacas y chololtécas.

Ahí continúan miles de personas por todas partes: arriba de los árboles, en las azoteas, en los canales, en las canoas. Siguen asombrados al ver a los *tohueyome* montados en sus venados gigantes y con sus palos de fuego y sus arcos de metal. Ni Motecuzomatzin ni sus tropas pueden controlarlos. Ahora todos ven el rostro del huei tlatoani.

Al llegar a Tlatelolco,⁴¹ los hombres barbados quedan asombrados al ver tanta gente, tantas mercancías y tantos animales. Luego de un recorrido muy lento por el tianguis, se dirigen a los montes sagrados de Tlatelolco, donde los recibe el cuauhtlatoani Itzcuahtzin.⁴² Después vuelven a Meshíco Tenochtítlan y los llevan a la *totalcalli*, «casa de las aves», un sitio muy grande con estanques donde se crían miles de pájaros de muchas categorías.

—Las aves de rapiña las mantenemos en aquellas jaulas —explica Motecuzomatzin al llegar, sobre sus andas y señala a un mirador.

—¿Cuántas personas están a cargo de todas estas aves?
—pregunta el tecuhtli Malinche montado sobre su venado gigante.

—Trescientas.

—¿Para qué tenéis tantas? ¿Os las coméis?

—Solamente unas clases como las codornices, los guajolotes y los patos. Pero a la mayoría las veneramos por sus extraordinarios plumajes. Todos los días las aves nos regalan sus plumas.

—¿Se las arrancáis?

—No. No hay necesidad de eso. Se les caen solas.

Caminan por un corredor hasta llegar a unas jaulas a las que llaman la casa de las fieras. En una de ellas se encuentra un par de jaguares. El tecuhtli Malinche y sus capitanes observan con mucha atención y tratan de reconocer aquellas fieras jamás vistas en sus tierras. Más adelante se encuentran ocelotes, gatos monteses, coyotes, zorros y muchas otras fieras.

⁴¹ *Tlatelolco*, «montículo de arena». Más información en el *Glosario*.

⁴² Véase anexo al final del libro titulado *Tecuhtin de Tlatelolco en orden cronológico*.

—¿Con qué los alimentáis? —Malinche jala la rienda de su venado gigante para evitar que avance.

—Con las partes del cuerpo que no utilizamos de los sacrificados.

El tecuhtli Malinche niega con la cabeza y hace un gesto que Motecuzomatzin no logra reconocer.

—Ahora vamos a ver las serpientes —dice el tlatoani con entusiasmo.

El lugar destinado a las serpientes es mucho menor. Los españoles buscan en varias direcciones y lo único que ven son cántaros alineados.

—¿Y las serpientes? —pregunta Malinche.

Motecuzomatzin baja de sus andas, se acerca a uno de los cántaros, le quita la tapa, mete la mano y saca una serpiente tan gruesa como sus brazos.

—Está enorme —Malinche se acerca, después de bajar de su venado.

—¡No! —dice el tlatoani en voz alta—. ¡Es muy peligrosa! Si lo muerde, usted moriría en unos cuantos minutos.

Luego de mostrarle una docena de serpientes, Motecuzomatzin los invita a ver a los enanos y gente deforme que tienen en unas jaulas.

—¿Por qué los tenéis prisioneros? —pregunta Malinche al mismo tiempo que observa a un par de niños pegados por el pecho.

—Por sus deformidades.

—Miren, acá tenemos al niño araña. —Señala a un niño con cuatro piernas, quien debido a su defecto mantiene su espalda de manera horizontal y se para sobre sus manos y cuatro pies.